

ACTO Y VIOLENCIA*

José R. Ubieto (CdC-ELP)

Continuamos hoy el espacio de Noches clínicas, inaugurado el mes pasado por el taller sobre Cuerpos y actos. Hoy lo hacemos con unos primeros trabajos del taller que toma como tema de investigación clínica La violencia.¹

La violencia no es un concepto psicoanalítico, si bien sus manifestaciones se ligan a los destinos de la pulsión, especialmente de la pulsión de muerte que allí se realiza. En ese sentido plantea interrogantes epistémicos y clínicos en su articulación a conceptos propiamente analíticos como pulsión, síntoma, odio, masoquismo y al manejo en la transferencia de esas manifestaciones. La violencia tiene también una inscripción en el cuerpo del ser hablante en tanto acontecimiento que deja su huella. Desde la fantasía “Pegan a un niño” analizada en detalle por Freud, hasta las vivencias subjetivas de algunos psicóticos cuyos cuerpos violentados parecen no registrarla –es el caso de la pelea de Joyce o de niños psicóticos que parecen inmunes al dolor sufrido- la casuística nos ofrece un amplio abanico de fenómenos a estudiar.

Lacan inició su práctica clínica conceptualizando la cuestión del acto a través del estudio y análisis de diversos pasajes al acto criminales. Sus escritos sobre “La agresividad en psicoanálisis” o “Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología” así lo atestiguan. Luego señalará cómo la

¹ Este taller está integrado por: Susana Brignoni, Myriam Chang, Lucía D’Angelo, Eugenio Díaz, Vicente Palomera, Victoria Vicente y José R. Ubieto (responsable).

violencia es lo esencial de la agresión ya que sólo es inteligible en relación a lo simbólico: "...en los confines donde la palabra dimite empieza el dominio de la violencia y que reina, ya allí, incluso sin que se la provoque" -dirá en su escrito de 1954 "Introducción al comentario de Hyppolite..."- para añadir unos años después que: "No es la palabra, incluso es exactamente lo contrario. Lo que puede producirse en una relación interhumana es o la violencia o la palabra".² Esa preocupación se mantendrá a lo largo de toda su enseñanza y nos permite, siguiendo indicaciones recientes de Miller poner el foco más en las coordenadas del acto violento, en sus contingencias, que no en las causas supuestas. Este será uno de los ejes a trabajar en nuestro taller clínico.

La violencia, como fenómeno trans-estructural, plantea también interrogantes acerca de su estatuto como realización pulsional o, en algunos casos, como síntoma en tanto satisfacción sustitutiva. Esta diferencia parece relevante para su comprensión y su abordaje clínico. Miller se refiere a ello al plantear si estamos, hoy, delante de un nuevo lazo de la identificación con la pulsión que crea un nuevo tipo de vínculo social. Tomaremos aquí un segundo eje de trabajo a partir de la fenomenología que encontramos en muchas consultas de adolescentes y jóvenes.

Las violencias contemporáneas –así, en plural- nos convocan también, como analistas, para elucidar sus lógicas y ofrecer otras lecturas, distintas de las propuestas por las ciencias sociales o los *mass-media* y extraídas de las curas que realizamos. Violencias machistas, filioparentales o invertidas, xenóforas.

² Lacan, Jacques. *El Seminario, libro 5, Las formaciones del Inconsciente*. Paidós, Buenos Aires, 1999, p. 468.

Su análisis nos permitirá también precisar algunos conceptos claves como odio, maldad, masoquismo.

Para el trabajo de hoy nos centraremos en un primer eje que hemos nombrado como “Acto y violencia”. Expondré brevemente dos primeras ideas para enmarcar las otras dos intervenciones.

En primer lugar, partimos de la tesis que el acto, como tal, excede al significativo, a la palabra e implica a lo real y es allí donde se sitúan las coordenadas del fenómeno violento.

Para que haya acto no es suficiente que haya movimiento o acción, es preciso también que haya un decir que enmarque y fije ese acto. El acto no tiene otras coordenadas que las del lenguaje y en ese sentido es un franqueamiento del umbral significativo.

El acto siempre debe hallar un pase para tener lugar –en ese sentido se opone al pensamiento y al inconsciente en tanto cadena cifrada. Todo acto que marca, que deja huella en el sujeto, es una transgresión, es delincuente porque constituye una infracción de la codificación simbólica, modificándola.

JAM señala como nada es más humano que el crimen ya que como recordaba Freud lo inmoral es una parte de nuestro ser y todos somos sospechosos –en tanto criminales inconscientes- y debemos asumir, por tanto, la responsabilidad

de los sueños inmorales. De allí, la necesidad de poner en relación al sujeto con su propio acto para producir alguna significación.³

Que el acto suponga un franqueamiento del umbral significante quiere decir que el sujeto mismo (*parlêtre*) constituye “una discontinuidad en la causalidad objetiva”, no hay manera de recomponer totalmente la causalidad objetiva de un acto subjetivo puesto que siempre queda una opacidad, algo insondable en ese acto.

La psiquiatría nombró a esto “lo inmotivado”⁴ (Paul Guiraud) para resaltar lo innombrable, aquello que en el pasaje al acto excede lo simbólico.

La clínica de la psicosis muestra bien como el acto viene al lugar del fracaso de una alucinación que no ha podido determinar al sujeto (¡marrana!) dejándole sin lugar en el orden del lenguaje (S). Cuando la voz desfallece, se interrumpe, la acción surge como suplencia.

La segunda cuestión que quería introducir es que el concepto de acto en Lacan está ligado a la pulsión de muerte.

El acto suicida sería su modelo, donde se verifica que algo en el sujeto trabaja para su destrucción. Todo acto verdadero es un suicidio del sujeto, que puede renacer pero ya es otro en tanto mutado.⁵ Su suicidio le permite la

³ Miller, Jacques-Alain. “Nada es más humano que el crimen”. *Virtualia* nº 18. Disponible en Internet.

⁴ Guiraud, Paul. *Los homicidios inmotivados. Colección DIVA* nº 21, Buenos Aires, 2000.

⁵ Miller, Jacques-Alain. “Observaciones sobre el concepto de pasaje al acto”. En Bardón, C. y Puig, M. (coords.) *Suicidios, medicamentos y orden público*. Gredos, Madrid, 2010.

particularización de su deseo pero en un rechazo de la mediación del deseo del Otro. El sujeto se inscribe –en el acto suicida- como faltante en el campo del A y se reapropia de la pérdida original en la muerte por el sacrificio de su vida. Hace de su muerte el objeto de deseo del Otro.

Es un acto no fallido porque, a diferencia de los lapsus, los olvidos o los sueños, aquí el inconsciente se desplaza al acto donde se realiza. El suicida no quiere saber de sus razones, aunque enuncie algunas. No quiere saber de ese impasse en el que se encuentra, de la indeterminación en que lo sume, y dice basta. Desbordado por esa angustia opta por poner un final y restituir así algo de su dignidad como sujeto libre. El acto opone así una certeza firme ante una duda o una vacilación que puede infinitizarse. Es un acto, decía Lacan, que “procede de la decisión tomada de no saber nada”⁶.

Pasaje al acto –a distinguir del acting-out al que sí le hace falta el Otro, el espectador (bullying)- que implica que se dejan de lado los equívocos significantes y la dialéctica del reconocimiento y lo que está en juego no puede cifrarse. En el centro de todo acto hay un ¡no! proferido hacia el otro. Está fuera de sentido, indiferente al después, es un acto en sí, lo que venga después es ya *otro* que lo hace. En el pasaje el sujeto está eventualmente muerto, será el quién mirará a los otros y les planteará su pregunta y les hará sentir el por qué de su mirada.

Otra modalidad heteroagresiva es el empuje a golpear, que podemos leer como una manera de nombrar lo innombrable: la invasión de goce. A veces es el acto

⁶ Lacan, Jacques. “Radiofonía”. *Otros escritos*. Paidós, Buenos Aires, 2012.

mismo o sus consecuencias (internamiento) lo que lo apaciguan, al confrontarlo a eso que le resulta ajeno y producir una significación, delirante o culposa. Otras veces, como en el caso de las hermanas Papin, solo queda el silencio.

Ricard es un adolescente que acaba de perder a su madre, fallecida por un cáncer, y ve como su padre es diagnosticado y operado por otro cáncer (garganta). Días después, solos padre e hijo, el padre le reprocha que escoba muy mal y el hijo le contesta de malhumor y en tono amenazante: “¡cállate maricón!”. Es una salida inusual, que sorprende y angustia al padre que no puede replicar.

Situemos las coordenadas del acto: un adolescente con serios temores de quedarse huérfano, en un momento en que debe afrontar la novedad de un real sexual en su cuerpo, criticado por un padre impotente, que apenas puede hablar, en una situación en la que el chico está barriendo la casa, actividad monopolizada siempre por la madre. ¡Cállate maricón! es un grito de rabia que podemos tomar también como un intento de nominación de eso innombrable que le acosa.

El insulto violenta porque viene a un lugar vacío, donde el significante desfallece para decir el ser del sujeto, para nombrar algo de esa existencia. Miller sitúa el insulto como “el esfuerzo supremo del significante para decir lo que el otro es como objeto *a*, para cernirlo en su ser en tanto que justamente este ser escapa al sujeto. Trata de obtenerlo por la flecha”.

El insulto fija así la lengua, pretendiendo reducir al otro a la nada o a un “tú eres eso”, un maricón. El significante deviene aquí el objeto, sin paliativos y sin suspensión posible del sentido.

jubieta@yahoo.es

**Presentación del taller en el espacio de “Noches clínicas” de la CdC el 26 de noviembre de 2019*